

LA  
**HERMANDAD**  
DE LA ESTRELLA POLAR:  
EL SURGIMIENTO

JAI ARUMI



---

---

---

# 1. Cuando no hay luz, ni la sombra del diablo aparece

Cada mañana, justo después de apagar la alarma del móvil y antes de abrir los ojos, cuento del uno hasta el veintidós, igual que si recitara un mantra. Es uno de mis secretos. No se lo he contado nunca a nadie porque, visto desde fuera, este ritual puede parecer una manía o una superstición, pero para mí es una ceremonia sagrada. Es más, la considero mi ceremonia de protección.

Los días en que me despierto sobresaltada por una pesadilla, y me olvido de mi mantra protector, todo se tuerce.

Hoy es uno de esos días. He tenido otra vez esa maldita pesadilla angustiante que me persigue desde pequeña y de la que no consigo librarme. Por su culpa me he despertado aterrorizada y he puesto los pies en el suelo antes de encomendarme a mis números de la suerte.

Tengo un mal presentimiento.

Mi padre fue quien me inició en este juego de los números. Dicen que no tendría más de un año y él ya me cantaba peque-

---

ñas secuencias numéricas, que yo repetía como un lorito. «Recita más despacio —me recalaba siempre—, los números y las letras son mágicos, tienen el poder de darte lo que les pides, debes honrarlos y respetarlos».

Este consejo podría haber orientado mi vocación hacia las matemáticas o la escritura. Sin embargo, solo me ha llevado al fracaso escolar. A mi edad, de lo que más puedo presumir es de las veces que he cambiado de escuela y de la cantidad de trabajos temporales que he tenido.

Supongo que todo es por culpa de los recuerdos que me traen los malditos símbolos «mágicos». Como ese en el que mi padre me explicó que yo era una niña afortunada porque el día, el mes y el año de mi nacimiento suman veintidós, un número muy especial. Entonces no comprendí a qué se refería con «especial», tampoco es que ahora lo entienda a pesar de que he leído mucho sobre numerología, pero a partir de ese momento lo consideré mi número de la suerte.

Es el último recuerdo que guardo de él. Este y el instante fatídico en el que mi madre me dijo:

—Papá se ha ido.

—¿Papá se ha ido? ¿Adónde?

Solo comprendí lo que pasaba cuando miré a mi madre a los ojos.

Hay muchas palabras de los adultos que los niños no entienden, pero no se les escapa ni un solo sentimiento. Para ellos, la pena, el dolor, la alegría, la tristeza, el goce, la impotencia..., son como los virus, los pillan todos. Creo que, de la misma manera que las bacterias fortalecen nuestro cuerpo, las impresiones que vivimos de pequeños activan el amor-odio que sentimos por el mundo para el resto de nuestra vida.

Yo solo tenía seis años cuando mi padre «se marchó para siempre». Fue entonces cuando inventé la ceremonia del veinti-

---

dós y aún la mantengo, día tras día, no solo porque me recuerda una felicidad que ya nunca volverá, sino porque estoy convencida de que este protocolo me protege a mí y a mi padre, esté donde esté ahora.

Esta mañana todavía no he salido de la habitación del pequeño apartamento que hemos alquilado, ni siquiera para desayunar, y eso que me muero de hambre. En parte, porque estoy especialmente nerviosa por haber dormido en Barcelona, la ciudad en la que nací y de la que huimos de manera precipitada hace doce años, cuando mi padre murió, pero también por contrariar a mi madre. Me ponen de los nervios sus consejos, sus advertencias, sus exigencias. Nunca nos hemos llevado bien, pero últimamente no consigo hablar con ella sin discutir. Así que prefiero quedarme en la cama, hacerme la dormida y pasar de ella hasta mediodía. Lo malo es que mis pensamientos no dejan de machacarme con una idea: «Hoy va a ser un día nefasto».

El ansia retuerce mi estómago.

Tengo miedo.

Siempre me pasa lo mismo; sin saber muy bien por qué, el miedo me sube por el espinazo como si fuera una serpiente venenosa. Esta mañana lo noto zigzaguear entre mis vértebras, más fuerte que nunca.

Nada más aterrizar en el aeropuerto del Prat, advertí que alguien me vigilaba, y no me refiero a una persona de carne y hueso, sino a una presencia. Creo que hoy ha venido «sola», a veces siento más de una a mi alrededor. Me horroriza tener estas percepciones, pero he aprendido a convivir con ellas. Nunca se lo he contado a mi madre, ¿para qué? Seguro que me diría que solo son fantasías que se irán cuando madure y empiece a vivir en la realidad. Tampoco se lo he contado a mis amigos, prefiero guardarme estas historias para mí. Es otro de mis secretos, que llevo como puedo. La verdad es que, si las presencias se acercan a

---

mí y es de día, consigo no prestarles demasiada atención. Lo malo es cuando vienen por la noche, entonces las noto tan cerca que a veces puedo palpar sus cuerpos, incluso siento su hálito.

No puedo dormir si no es con la luz encendida.

La oscuridad me aterra.

Otro de mis secretos.

—¡Marcela! —grita mi madre.

—¿Por qué entras de esta manera, mamá? Me has asustado.

—¿Piensas quedarte en la habitación todo el día?

—Aquí estoy tranquila.

—Marcela —repite para provocarme—, no empecemos.

A los once años decidí cambiarme el nombre por Arce. Desde entonces, no consiento que nadie me llame Marcela. Arce no es solo una abreviatura de Marcela, es el árbol que me corresponde por mi día de nacimiento y, además, tiene las hojas rojas como mi pelo.

—¿Qué quieres?

—¿No has visto las noticias?

—¡Mamá, ya sabes que me importan un pepino las noticias!

—¡Han vuelto a cerrar los aeropuertos y hay manifestaciones violentas por todas partes, es terrible!

Me levanto de la cama y la sigo hasta el salón. En el fondo le agradezco que haya cortado mi circunloquio mental.

Las escenas de pánico que acaparan los informativos de las diferentes cadenas son realmente deprimentes. Cada vez que mi madre le da al mando a distancia, el corazón se me encoge un poco más. Periodistas, agentes de policía, bomberos, ambulancias, equipos de rescate...

—¡Dios mío, parece el fin del mundo! —exclama mi madre con el móvil en una mano y el mando a distancia en la otra—. No sé cómo va a acabar todo esto.

---

Cuando miro a mi madre, no puedo evitar verme en ella. En realidad, soy una extraña mezcla de mi madre y mi padre. Digo extraña porque he heredado la piel tostada y las facciones ovaladas de ella, y los ojos verdes y el pelo medio pelirrojo de mi padre, una combinación poco habitual. Sin embargo, en lo que más me reconozco en ella, y no me gusta nada, es en la rabia que las dos llevamos dentro.

A base de intentar contenerla, mi madre la ha transformado en tristeza. Una tristeza que, día tras día, la va carcomiendo por dentro. En mi caso, la rabia se ha convertido en un fuego que vive en mis entrañas y sale cuando menos me lo espero.

Yo también pienso que tantas desgracias juntas no pueden ser una casualidad. Aun así, no estoy dispuesta a darle la razón a mi madre.

—¡Apaga el televisor de una vez, Raquel!

Cuando ella me llama Marcela y yo la llamo Raquel, las dos sabemos que nos adentramos en una discusión que va a acabar mal.

—Eso, tú pasa de todo, como siempre.

—Me encantaría cambiar el mundo, pero no puedo. No soy una superheroína. Soy normal.

Es cierto que prefiero no enterarme de nada porque no entiendo a los humanos, incluyéndome a mí. Por eso vivo en mi burbuja y solo salgo de ella cuando me obligan.

—No quiero que seas una *superwoman* —replica mi madre, explotando mi burbuja—. Al contrario, quiero que tengas los pies en la tierra, que estudies, que ocupes tu lugar en la sociedad para que, llegado el momento, puedas contribuir a hacer un mundo mejor.

A veces me gustaría acercarme a mi madre, pero soy incapaz. El camino que me separa de ella está repleto de reproches y men-

---

tiras. Aunque, si alguien me hubiera avisado del poco tiempo que nos queda, me echaría en sus brazos ahora mismo.

—Creo que no deberíamos haber vuelto a Barcelona —dice de repente, dando un giro a la conversación.

—¿Por qué? Estemos donde estemos, el mundo seguirá siendo una mierda, Raquel. Además, fuiste tú la que te empeñaste en venir.

—Lo he hecho por ti.

Mi padre me ha dejado una casa en herencia. Lo raro del caso es que no teníamos ni idea, ni mi madre ni yo, de que esa propiedad fuera suya hasta que el notario nos llamó dos meses atrás. Las dos estábamos convencidas de que un amigo de mi padre, un arquitecto como él, se la alquilaba por poco dinero porque él nunca la utilizaba. «No le gusta este lugar perdido entre montañas —solía decir mi padre—. En cambio a mí me parece un lugar perfecto para descansar». La verdad es que los tres pasamos momentos muy felices en ese sitio alejado del mundo.

—¿Sabes lo que te digo? Me voy a dar una vuelta.

—¿Adónde piensas ir? ¡Con todo lo que está pasando! No estás familiarizada con la ciudad... Además, el notario puede llamar en cualquier momento para las firmas. Hemos viajado desde Ciudad de México hasta Barcelona solo para eso, para aceptar la herencia.

—Tenemos móviles, Raquel. Si te llaman, me llamas y punto.

Según el notario, mi padre dejó escrito en el testamento que la aceptación de la herencia debía hacerse efectiva el mismo día de mi cumpleaños. Y es hoy.

—Ni siquiera me has felicitado...

Sin buscarlo, me sale un tonillo de niña pequeña al que por poco añadido unos lagrimones.

—No he podido, hasta ahora no has salido de la habitación.

La conozco, sé que las preocupaciones y el viaje han pasado por encima de mi cumpleaños. A lo que hay que añadir que



---

ella siempre ha evitado las muestras de afecto, no le salen de una manera natural.

Raquel se acerca y me da un par de besos, secos, protocolarios.

—Cuanto antes firmes, antes nos iremos —dice en un tono mucho más suave—. Podemos celebrar tu cumpleaños en México, con tus amigos. ¿Qué te parece?

—¿Y si me apeteciera quedarme?

No me lo había planteado. Se me acaba de ocurrir, pero ¿por qué no?

—No digas tonterías. Lo único que vas a heredar es una casucha en un pequeño pueblo entre montañas. ¿Qué quieres hacer allí?

—Puedo venderla y quedarme a vivir en Barcelona.

—Es lo que he pensado, que nada más firmar podemos venderla, pero eso no te dará para vivir ni una semana, te van a dar cuatro duros. En ese pueblo, por lo que he leído, solo quedan cuatro vecinos. Si algo sobra allí, son casas vacías.

Y entonces pierdo los papeles:

—¿Por qué nunca quieres hablar de lo que le pasó a papá?

—¿Qué tiene eso que ver con la conversación que teníamos?

Raquel se toca el pelo nerviosa, se quita las gafas y se pasa la mano por la cara.

—Tu padre murió. Remover el pasado no sirve de nada.

—¡Para mí es importante!

—No hay nada que contar. Fue un accidente, ya lo sabes. ¡Tú lo viviste igual que yo!

—Solo tenía seis años, mamá. No me acuerdo de lo que pasó, te lo he dicho mil veces.

Siempre tengo la esperanza de que un día, en una de estas discusiones, mi madre pierda el control y por fin se sincere; pero no, una vez más deja caer los párpados, respira como si fuera

---

su último aliento y busca esa voz de cordero degollado que no soporto para decir:

—Es verdad, eras muy pequeña y lo querías mucho.

Tengo que hacer un esfuerzo para no llorar de rabia. Otra vez se ha salido por la tangente. Al principio, creía que le hacía daño hablar del accidente, pero cada vez estoy más convencida de que su silencio esconde un secreto.

—¡Me cambio y me voy! —le digo, dándole la espalda.

—Prométeme que no irás muy lejos, por favor.

Ando hacia el dormitorio pisando fuerte, para que mi madre se entere de que no voy a cambiar de opinión. «Ya soy mayorcita para eso», me repito a mí misma mientras me visto, a la vez que ya comienzo a arrepentirme por haberle gritado de esa manera. No puedo evitarlo, cuando me enfado, me enciendo de arriba abajo y sería capaz de prenderle fuego al mundo entero, pero enseguida se me pasa y necesito arreglar las cosas cuanto antes.

Salgo por el pasillo con la cabeza alta, mis pantalones de campana, un top negro pegado al cuerpo y la cazadora tejana.

Estoy a punto de darme la vuelta y pedirle que me acompañe. Sé que eso la haría feliz, pero mi orgullo me empuja hacia la puerta, sin mirar atrás.

—¡Me voy!

Mi madre no contesta.

«Ya se le pasará», me digo con un poco de mala conciencia.

Me pregunto cuántas personas salen de casa dando un portazo, enfadadas por una nimiedad, seguras de que por la noche o al día siguiente, cuando su fuego se apague, podrán hacer las paces con aquellos a los que han dejado atrás con el corazón encogido. Algunos, igual que yo, nunca tendrán la oportunidad de pedir perdón.

---

Bajo las escaleras corriendo y salgo a la calle como si alguien me persiguiera. Sé que de alguna manera es así, las presencias siempre van conmigo.

El olor a mar y tierra mojada me devuelve a mi infancia. La memoria abre la caja de los recuerdos para jugar conmigo. Me veo andando por las calles que forman la retícula del Eixample, uno de los corazones de Barcelona, donde vivía por aquel entonces. Algunas veces voy de la mano de mi padre y otras de mi madre, pero siempre ando agitada por la prisa de encontrarme con mis amigos en la puerta de la escuela.

A lo largo de los años, esa prisa inocente que tenía de pequeña por fundirme en el bullicio rutinario de cada mañana ha mutado en impaciencia. Siento un ansia desesperada por encontrar un lugar al que dirigirme, por encontrar «mi lugar».

El apartamento donde mi madre y yo hemos pasado la noche está a un par de manzanas de donde vivía.

«¿Voy hasta allí? —Una punzada de dolor en el corazón me obliga a encogerme—. Son nervios», me digo. Respiro hondo.

Parada en la acera, con la mano en el pecho, trato de distraerme de la zozobra que me baila por dentro mirando a las personas que andan de aquí para allá. En sus caras serias y su paso firme solo hay prisa y desconcierto. No me extraña, seguro que todas ellas han oído las terribles noticias.

El cielo, cubierto de una oscuridad rojiza, densa y uniforme, parece que va a aplastarnos a todos.

Por fin decido ir en dirección al mar y dejar para otro momento mi paseo por la «zona del pasado».

*«Cuando no hay luz, ni la sombra del diablo aparece».*

Esta tétrica pintada, escrita en la pared del edificio de enfrente, me sobrecoge. La pesadilla con el espíritu maligno, el olvido de mi

---

mantra protector y las terribles noticias me han dejado el estado de ánimo por los suelos. Solo me faltaba esta pintada diabólica.

Tengo el estómago hecho una bola.

«Debería volver al apartamento», me digo.

Estoy a punto de irme a casa cuando el rótulo de una escuela de kárate me llama la atención.

«Tal vez pueda hacerme algún bono que me permita asistir a algunas clases». Me parece que sería una buena manera de calmar mi ansiedad y a la vez conocer gente.

Sin pensarlo dos veces, voy hacia allí.

La recepción del pequeño centro está vacía. Aun así, me adentro por el pasillo.

—¡Hola?!

En el *dojo*, un chico de piel oscura, gestos precisos y mirada profunda practica en solitario. Inmóvil en el umbral de la sala, lo observo con respeto. Él no tarda en advertir mi presencia.

Tras saludar en dirección hacia el pequeño altar, se vuelve hacia mí y me habla con voz suave:

—¿Buscas a alguien?

—No.

—La chica de recepción ya se ha ido, pero si quieres información del centro yo puedo explicarte un poco.

—Sí. No. —Me quedo en blanco.

—Bueno, pues tú dirás. Me llamo Arturo —dice antes de saludarme con una ligera inclinación.

—Yo soy Arce.

—¿Te gusta el kárate? —me pregunta, mirándome con curiosidad.

—Sí, lo practico desde niña. Soy cinturón negro, como tú.

—No tienes pinta de karateca. Pareces una de estas chicas modernas que practican *kick-boxing* o...

---

—Eso de la «modernidad» no va conmigo, me gusta lo clásico  
—reacciono un tanto insolente.

Arturo levanta ligeramente las cejas.

—No veo que vistas con túnica y sandalias como los griegos  
—me responde bromeando.

Siempre me han dicho que me tomo la vida demasiado en serio, y debe de ser cierto, porque me cuesta pillar los chistes a la primera. Quizás por eso respondo una vez más a este chico curioso que acabo de conocer de una manera tajante.

—No me refiero a una «época», sino a una manera de ver las cosas.

—¿Puedes explicarte un poco más? —No sé si quiere reírse de mí o de verdad le ha sorprendido mi punto de vista.

—Da igual, sería muy largo de explicar.

—No tengo prisa.

Desde el inicio de la conversación, Arturo y yo no hemos dejado de mirarnos a los ojos ni un segundo. Yo no me he movido del marco de la puerta, mientras que él, paso a paso, como si tuviera miedo de asustarme, ha recorrido el espacio que nos separa.

—«Modernidad» quiere decir lo que está de moda, y a mí la moda me da arcadas. La moda es esclava del tiempo, a mí me gusta lo que ha resistido al tiempo, lo que es eterno.

Mis amigos me llaman repipi o sabionda y, cada vez que les suelto mis «discursos», como dicen ellos, me cortan o se ríen de mí, pero Arturo me sigue la corriente.

—¡Uf! La innovación nos permite avanzar. Gracias a eso, entre otras muchas cosas, hoy sabemos que la Tierra no es plana, aunque algunos aún insistan en ello.

—En textos hindús de antes de Cristo ya consta que la Tierra es redonda, y en textos egipcios, y Platón y Aristóteles también

---

hablaron de ello. Lo que pasa es que la Iglesia católica se encargó de ocultar y negar este conocimiento.

Una de mis profesoras, que intentó salvarme del fracaso escolar, me dijo que yo trataba de suplir mi falta de confianza con chulería y que si estudiaba de verdad no tendría que fingir. Tal vez tenía razón, quizás si hubiera estudiado no necesitaría alardear de lo que he aprendido por mi cuenta. Sin embargo, seguro que mi padre estaría orgulloso de mí porque todo lo que sé lo he aprendido en los libros. Aunque en ellos, más que conocimiento, siempre he buscado refugio.

Supongo que, contagiado por mi entusiasmo, Arturo insiste:

—¿Y qué me dices de la revolución digital? Ningún texto antiguo habla de ella, que yo sepa.

Cavilo un instante antes de responder:

—Mi padre decía que la revolución digital es magnífica para resolver problemas rutinarios, pero no para encontrar la verdad. La verdad se esconde en los libros, en las piedras, en el arte, en la música, en las estrellas...

—Tu padre debía de ser un hombre curioso. ¿Tú opinas lo mismo?

—Pienso que la tecnología digital es solo es una herramienta, una nimiedad comparada con lo que el ser humano sería capaz de hacer si desarrollara todo su potencial. —Me doy cuenta de que me estoy emocionando, pero continúo—. Los vedas, los egipcios, los mayas o los aztecas no necesitaban internet, tenían otros poderes.

Las mejillas me arden. Me imagino que Arturo está un poco desbordado por mi vehemencia y por eso decide retomar un tema de conversación más tranquilo:

—Bueno, ahora entiendo por qué te gusta la práctica de *El camino de la mano vacía*.